Leviatán
Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain
Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Directora: Amelia Valcárcel

Vol. 67 (Primavera 1997),
pp. 43-48

EDUCACIÓN Y RELIGIÓN

Juan Antonio AGUILERA MOCHÓN

El estatus de la religión como asignatura está siendo uno de los aspectos donde más se encona la tardía (post-electoral) y escasa controversia sobre el modelo de escuela en la España de finales de siglo. En esta polémica no suele analizarse, supongo que por un exceso de celo en el «respeto» a las creencias, el contenido de la asignatura. En todo caso, son los sectores ligados a la Iglesia quienes aluden a ese contenido al hablar de la educación religiosa como un aspecto esencial en la formación integral de los niños.

Como coincido en que la educación religiosa ejerce un gran efecto en las personas, y además confío en coincidir en que el respeto a las creencias debe estar subordinado al respeto a la verdad, mi escrito quiere ser un razonado y conciso análisis que sirva, sobre todo a los padres, tutores y educadores, de motivo de reflexión profunda. Me referiré a la religión católica explícitamente, pero, con las debidas matizaciones, creo que la mayor parte de lo que digo puede ser aplicado a casi cualquier religión.

La verdad de la religión católica

¿Hasta qué punto se pueden asumir las creencias católicas sin contradecirse con la razón y con la ciencia? Podemos situar esas

El intento de cohonestación del Dios católico con la ciencia conduce a un Dios-chapucero.

creencias en cuatro niveles que a menudo se distinguen con gran claridad en cuanto al grado de precisión y a la intensidad con que se asumen:

1) Creencia en Dios. El Dios católico, esto es, un Dios padre (o madre, según la reciente versión «políticamente correcta») Creador, que nos generó a su imagen y semejanza y espera en el Cielo para juzgar a los muertos resucitados, tiene gravísimos conflictos con la ciencia. Los orígenes del Universo, de la Tierra, de la vida y del hombre, pese a ser difíciles de abordar científicamente, se están estudiando con éxitos espectaculares. Queda mucho que resolver respecto a esos orígenes, pero no hay sospechas de la necesidad de una intervención «divina» para explicarlos. El sorprendente orden de la vida que tanto nos fascina no surge de «milagro» alguno, sino de las leyes naturales (amorales) que gobiernan el Universo. El problema de por qué hay «algo» en lugar de «nada» sigue sin respuesta, pero en todo caso la creencia en Dios tampoco lo resuelve, pues al fin y al cabo Dios también sería «algo».

No obstante, los católicos deben creer en un Dios que ha intervenido directamente en nuestra creación, que nos cuida espiritual y materialmente, que puede hacer milagros, que nos va a resucitar en cuerpo y alma, y a llevar al cielo o al infierno... Muy poco ha mejorado su postura la Iglesia con el reciente reconocimiento papal, sin rubor, de la evolución como «algo más que una hipótesis». Ese es el Dios católico, por más que lo quieran maquillar y mutilar, contradiciendo los dogmas de su propia Iglesia, algunos teólogos «progres». Así pues, los católicos deben creer en un Dios que, al poder modificar a su antojo las leyes físicas, está en plena contradicción con el conocimiento científico. Y que no sólo tolera todo el mal y el sufrimiento humanos −como se argumenta, no por más repetida, menos acertadamente− sino que ha guiado la evolución de la vida de una forma torpe: tenemos evidencia sobrada de que los seres humanos (como el resto de seres vivos) somos producto de una evolución que opera jugando chapucera e «inconscientemente» con el azar y la improvisación, que origina seres que en absoluto son fruto de un «diseño» inteligente. (Si los examinamos sin los prejuicios del ecologismo barato, vemos que esos seres vivos forman parte de una Naturaleza que, no por fascinante, deja de ser cruel y amoral.) En definitiva, el intento de cohonestación del Dios católico con la ciencia conduce, técnicamente, no a un «Christian-Dios», sino a un Dios-Chapucero.

Hay que señalar que los catequistas y, más lamentablemente, muchos maestros, ignoran las precauciones cohonestadoras y ¡todavía enseñan, sin sonrojo, a los niños que «venimos de Adán y Eva»! (Sin embargo, tengo que reconocer que, *literalmente,* no están lejos de la verdad, pues sí que podría decirse que venimos «de ADN y evos».)

2) Creencia en el alma inmortal. No necesita mucho comentario. Sencillamente, es una creencia que carece de una sola prueba seria a favor, y no ayuda a resolver −como podría ser el caso tratado en 1)− problema intelectual alguno, ni siquiera el de la consciencia. Cae fuera del ámbito

científico por indemostrable e irrefutable. Responde a nuestro miedo a morir, pero lo hace irracionalmente. Quienes retan a demostrar que no existe el alma parten de la «presunción de existencia». Diviértase el lector con ella inventando otros entes y sucesos indemostrables e irrefutables. No es difícil: déjese guiar por *las musas.*

3) Creencia en Jesús-Dios. La idea, contradictoria en sí misma, de un hombre-Dios, sólo es comparable con el sinsentido del «misterio de la Trinidad». En todo caso, busque el creyente en los Evangelios el fundamento de esos y otros dogmas. Lo que encontrará es que, en unos textos escritos muchos años después de la muerte de Jesús (que, al no dejar nada escrito, y hablar en parábolas para que los de fuera «oigan y no entiendan, no sea que se conviertan», originó una confusión sobre su mensaje impropia de un Dios con previsión de futuro) por unos cristianos que muy presumiblemente querían desligarse a toda costa de una embarazoso pasado anti-romano, hay ambigüedades, incongruencias y contradicciones pasmosas. Éstas son tan graves que atañen (i) al nacimiento de Jesús (a la vez, descendiente de David, por intermedio de cuarenta y dos generaciones, y no descendiente: falló el último «eslabón» genético, la paternidad de José; a la vez antes de la muerte de Herodes el Grande y diez años después), (ii) a su muerte y resurrección (¡inesperada, no creída por sus propios discípulos y familiares!), (iii) a su naturaleza divina (que no parece creída tampoco por sus discípulos ni por él mismo) y (iv) a su mensaje (¿de amor universal, cuando desprecia y trata de «perra» a la mujer cananea, ya que no ha sido enviado «sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel»?, ¿pacifista, cuando dice que «no vine a poner paz, sino espada», y en verdad que sus discípulos la usan, y de él mismo se nos cuenta el violento episodio del templo, y tantas amenazas de «llanto y crujir de dientes»? ¿Cómo se entiende su desprecio del trabajo y de la familia?). Por cierto que en su mensaje yerra estrepitosamente cuando anuncia repetidas veces la atronadora llegada del reino de Dios «antes de que algunos de los allí presentes gustaran de la muerte». Insalvable fiasco que debió propiciar el posterior mito de la resurrección y el anuncio de la «inminente» venida gloriosa de Cristo (fiasco sobre fiasco). ¡Cuántas herejías y hogueras se habrían ahorrado de ser los Evangelios, si no fieles a la verdad histórica, al menos coherentes!

Las creencias en Vírgenes, Cristos y Santos diversos, auténticos «fuera de la ley (física)» en tanto que hacedores de milagros, y objetos de devociones tribales, tienen una base tan supersticiosa, tan pagana, que producen sofoco en muchos teólogos... que no las atacan y atajan con sinceridad porque, al fin y al cabo, ocurre como con las Primeras Comuniones y las bodas: atraen mucha clientela.

4) Creencia en la Iglesia. Son muchos los católicos que muestran un hondo desacuerdo con doctrinas y actitudes (tan a menudo, sencillamente criminales) de la Iglesia, pasadas y presentes. Pero ¿no es el Papa infalible en temas de dogma?, ¿no va la Iglesia de la mano de Dios? Entonces, ¿cómo se contradice tan sustancialmente el

Al no dejar nada escrito, Jesús originó una confusión impropia de un dios con previsión de futuro.

Papa y la Iglesia de una época con los de otra?, ¿cómo se puede ser católico, y mucho menos teólogo católico (pues se hace más difícil argüir, *piadosamente,* una exculpadora inconsciencia), y menos aún «de liberación», estando en profunda disconformidad con la Iglesia en asuntos y dogmas centrales? No estoy sugiriendo irónicamente una maldad: de verdad que no lo entiendo. ¡Y muchísimo menos si el católico es una mujer! Lo que sí veo es que este «pluralismo» facilita que en cada pueblo no falte el cura (más progre o más carca, siempre varón) que, como buen «pastor», juzga los pensamientos y actos más íntimos de sus «ovejas».

La bondad o inocuidad de la enseñanza religiosa

Muchas personas no son firmes creyentes, pero se dejan llevar por la corriente, pensando que, a los niños, la enseñanza religiosa «mal no puede hacerles». Reflexionemos sobre ello. ¿No queremos ayudar a formar personas que sepan buscar y reconocer la verdad, y afrontar los hechos como son, responsables de sus actos ante sí mismos sobre todo, como parte de una educación para la libertad, la fraternidad...? A mi entender, la educación religiosa dificulta todo eso gravemente:

1) Al tiempo que se quiere que los niños aprendan a observar y sacar conclusiones correctas de sus observaciones, basadas en la detección de regularidades, cadenas de causas y efectos, desestimación de apreciaciones precipitadas, etc., se les hace creer en un sinfín de entes y sucesos de los que no hay prueba alguna, y que afectan profundamente a la visión del mundo que los niños se forjan: almas, espíritus, ángeles, demonios, Dios, cielo, infierno, purgatorio, milagros, premoniciones, resurrecciones. (He tachado el limbo de la lista.) Con muchas de estas creencias no se hace más que forzar al intelecto a rechazar la existencia de algo que sí la tiene, y bien que nos duele: la muerte. ¿Cómo es posible decir que forzar esta visión tan falseada de lo que existe y no existe, de lo que sucede y puede suceder y de lo que no, es inocua, o incluso buena, en el desarrollo de una persona? En el mejor de los casos, el niño adquiere sutiles capacidades alienantes como el autoengaño, el «doble pensar» o el fingimiento de convicciones. Acompañado todo ello, habitualmente, de gratuitos miedos irracionales y de una percepción de la realidad distorsionada, que facilita el creer en «expedientes X» y seguir a todo tipo de oscuros iluminados.

La educación religiosa dificulta la formación para la libertad, fraternidad y responsabilidad.

Me parece indigno de la persona adulta, dotada de un cerebro capaz de notables proezas intelectuales y morales, caer servilmente bajo una visión paranoica/paranormal de la realidad. Pero es una opción legítima. Lo que se convierte en una abyección es alimentar esa visión debilitadora en las edades en que somos más susceptibles de manipulación.

2) A la vez que queremos que los niños vayan adquiriendo, en su desarrollo, una capacidad cada vez mayor de decisión autónoma, responsable, se hace cargar sobre ellos el ingente peso del pecado como

ofensa a un Dios que vigila sus actos y acecha sus pensamientos. A esta tarea de Dios colabora el citado ambiente fantasmagórico con que se rodea la existencia de tantos creyentes: espíritus, ánimas, ángeles de la guarda... ¿Creen de veras que estas creencias no atentan contra la libertad más profunda, la de los pensamientos, sentimientos y deseos más nuestros? El siguiente aspecto no es menos indeseable: en la religión católica, se enseña a descargar buena parte del peso de las decisiones morales y de sus consecuencias sobre las espaldas de la Iglesia y del cura de turno. ¿Cabe mayor sumisión, mayor degradación de la autonomía moral? Se descarga un peso, se pierde una dignidad.

3) Por último, cuando a la fe ciega en un sistema de creencias se une la «santa intolerancia» −lo cual admite la Iglesia con simpatía, como mínimo−, se choca naturalmente (e irreconciliablemente), además de con las convicciones particulares de todas las «ovejas descarriadas», con otros sistemas de creencias, otras religiones, otros fundamentalismos, con los siniestros efectos que todos conocemos.

En resumen, pienso que la llamada «educación religiosa» atenta, a veces muy gravemente, contra el desarrollo intelectual y moral de las personas, generalmente sin que éstas sean conscientes de ello. Más vale asumir la realidad de nuestras limitaciones físicas, de nuestro carácter efímero, y educar desde esta digna toma de conciencia, que hacer un mal negocio en el que se nos promete una falsa superación de esas limitaciones reales y pagamos tontamente, por anticipado, con otras que debilitan y envilecen el espíritu. El conocimiento objetivo del Universo debe buscarse, honestamente, con esta hermosa arma: la ciencia. Siempre dispuesta, por principio, a rectificar si yerra, y ha errado tantas veces... pero cada traspiés ha dado pie a un avance. Es cierto que no conquista certezas absolutas, sino provisionales (siempre sometidas a la posibilidad de refutación), pero son «certezas» demostrables o experimentables, y muy a menudo fascinantes. Se argumenta que la incertidumbre genera ansiedad, y necesitamos certezas incuestionables, *aunque sean falsas.* Pero esta solución deja de valer cuando sospechamos seriamente esa falsedad. ¿Necesidad, pues, del oscurantismo que oculte la verdad? Me temo que aún son muchos los ilustrados que llegan a tan miserable conclusión. Curioso cómo del miedo a lo desconocido se pasa al miedo al conocimiento.

Siendo intelectualmente libres podremos apreciar virtudes como el respeto, la ternura, la solidaridad.

Todavía hay que aclarar que, normalmente, no debe nadie angustiarse por la incertidumbre científica, por la posibilidad de que deje de tener vigor la ley de la gravedad u otra de esas «verdades no absolutas» en que basamos nuestra existencia cotidiana, pues llevaríamos la inseguridad a extremos ridículos. Debo añadir, a título personal, que estar al tanto de la aventura científica, entre un mar de dudas, puede generar cierto desasosiego, pero ¡es tan *excitante!* No se caiga en la torpe caricatura de interpretar que aquí se propugnan «mentes cuadriculadas» que prescinden de los dominios intelectuales no habitados por la ciencia, como las riquísimas extensiones de la fabulación y la poesía, del

juego y de las artes... y de las pasiones más inofensivas (si las hay) o peligrosas. Lo que se propugna, precisamente, es favorecer que las mentes sean lo más libres y poderosas posible: incluyendo entre sus posibilidades de elección, por descontado, a la propia religión contra la que aquí se *argumenta,* y a otras formas de renuncia, abandono o rebeldía contra la realidad.

Lo "peor" de la incertidumbre es cuando afecta a la búsqueda de "lo mejor", a los verdaderos dilemas éticos. En éstos, así como en los más abismales sufrimientos, la ciencia, ay, no nos amparará como pretende hacer la religión. Sin muletas religiosas, más allá del dominio de la ciencia, desde nuestra dolorosa finitud, deberemos superar la infancia y cargar nuestras responsabilidades sobre los propios hombros. Persiguiendo esta plenitud de libertad intelectual y moral, *podremos* apreciar como nunca (por su radical humanidad, por su estremecedora fragilidad) virtudes como el respeto, la generosidad, la nobleza, la valentía, la creatividad, la ternura, la solidaridad. Mantener viva la llama de los mejores anhelos, exclusivamente humanos, no es tarea fácil: las peores miserias *también* son demasiado humanas. Ser profundamente conscientes de todo ello nos debe empujar a estar alerta y siempre dispuestos a regenerar y alentar nuestro mejor humanismo y humanitarismo..